

próximos, como corrientes, la etnometodología, el estructuralismo, el postestructuralismo, la semiótica y la antropología interpretativa. Y como nombres, para dar sólo algunos, Malinowski, Robert Redfield, Lévi-Strauss, Jean Baudrillard, Jacques Lacan, Louis Althusser. Añádase la influencia del pensamiento social estadounidense hoy día ejemplificado en la ideología de la *political correctness*, que está convulsionando la vida académica de las universidades de ese país, y se tendrá una idea aproximada de la mar doctrinal a donde fue a dar la corriente mestizófila del liberalismo mexicano.

Yo diría que la culminación del indigenismo de hoy es un libro que está teniendo serias repercusiones sociopolíticas, y que sin duda ha aportado instrumentos de lucha a nuestra teología de la liberación que ya empieza a ser llamada «teología indígena». Ese libro es *México profundo* (1987), de Guillermo Bonfil. Su tesis es que la mayoría abrumadora de los mexicanos continúa adherida a la matriz cultural de las civilizaciones mesoamericanas. Por eso, dicha mayoría, en particular las etnias que mantienen su singularidad, forma ese México profundo del título. El México en apariencia moderno de las ciudades, donde vive una minoría occidentalizante, es el México imaginario, o casi sería mejor decir superficial, donde se diseñan proyectos modernizadores destinados al fracaso. La fórmula del México profundo, como suele suceder en tales casos, se fugó del libro y fue tomada como bandera por el nuevo indigenismo, en su extensa difusión entre las clases medias ilustradas y menos ilustradas, aunque también ha echado raíces entre amplios grupos del subproletariado rural acabado de incorporar a las urbes.

De ese mismo concepto se nutrió en México el rechazo antihispánico provocado por el Quinto Centenario del Descubrimiento (o del Encuentro de Dos Mundos, consigna adoptada para calmar los ánimos). De ahí, a su vez, brotó la fórmula utilizada por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, levantado en armas el 1 de enero de 1994, en Chiapas. Según esa fórmula, que hoy repiten todos y cada uno de los más de un millón de indígenas que, entre tzeltales, tzotziles, tojolabales, mames, chujes, etc., hasta sumar nueve etnias, pueblan el estado, no hay entre los suyos ningún individuo que no sea en sí y por sí carne y testimonio de los 500 años de sufrimientos y opresión acumulados a partir de la conquista. Esos 500 años convierten a los demás mexicanos en deudores de un inmenso rezago de justicia social, política y económica del que los indígenas son los acreedores. «La lista de agravios en contra del pueblo indígena de nuestra Diócesis —escribe el obispo Samuel Ruiz en su Carta Pastoral entregada al Papa Juan Pablo II en Izamal, Yucatán, en 1993—, en el horizonte de la historia de estos 500 años, es muy larga».

X.

Por fin llegamos al centro de nuestro tema: la crisis de la cultura mexicana hoy. Un hoy tan actual, tan de la hora, para el ensayista, de escribir estas líneas, como para el lector de leerlas, un hoy cuyo amanecer tiene fecha: el 1 de enero de 1994, día en que salió de la sombra en Chiapas el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Un ejército indígena con banderas de reivindicaciones étnicas, pero que se proponía avanzar sobre la capital para derrocar al mal gobierno.

No es éste el lugar para mostrar cómo tras la escenografía indigenista se persiguen metas revolucionarias, es decir, homólogas con la revolución que se desmoronó en 1989. Lo significativo en el caso de Chiapas es que el alzamiento, para ser, hubo de apoyarse en unas etnias situadas en unas condiciones particulares que fueron humus fecundo para la siembra de la teología de la liberación, al cuidado de un obispo militante y ambicioso. El trabajo pastoral del prelado (es recomendable la lectura de la Carta Pastoral antes mencionada, en realidad un sorprendente plan político) logró imbuir a los indígenas de una ideología redentorista en sentido activo, ahí donde el discurso del materialismo histórico de *agitprop* anterior no había hecho mella en su conciencia.

Aunque la labor preparatoria del ya célebre subcomandante Marcos duró diez años, no cabe duda de que fue, paradójicamente, estimulada por el derrumbe del comunismo, lo mismo que por otra crisis de interés más directo para los latinoamericanos, la crisis del régimen cubano. En la situación cultural de México, la caída del soviétismo no fue una tragedia terminal, porque el pensamiento de izquierda disponía de otros nutrimentos históricos presentes, vivos y actuantes en la realidad nacional. Una realidad, por otra parte, como ya he dicho, que aún no está acabada, que aún sigue ofreciéndose, arcilla a la mano del alfarero, a una *intelligentsia* supremamente atraída por la heroica tarea de erigir un Estado para construir una nación: ¿qué mejor escenario podría concebirse para el voluntarismo desatado en estos fines de siglo y de milenio?

Puesto que la posibilidad revolucionaria para el EZLN se abrió en Chiapas, entre los indígenas de la región, y no entre los proletarios de las urbes. Puesto que en México existe efectivamente un problema de marginación de las etnias que hace patente esa heterogeneidad que ya preocupaba a los padres independentistas, para quienes era una cuestión capital la persistencia tácita de la división en castas de la sociedad virreinal. Puesto que dicha heterogeneidad, palpable hoy día en las disparidades socioeconómicas existentes entre los mexicanos, responde —aunque los mexicanos lo nieguen— a un racismo vergonzante que opone obstáculos al

ascenso de los individuos tanto más infranqueables cuanto más ellos acusan rasgos nativos. Puesto que esta circunstancia explicaría la pasión que *pusieron* los mestizos por alcanzar el poder y erigirse en modelos del México Nuevo. Puesto que de esa pasión, presente de manera muy concreta en la cultura mexicana, derivó como hemos visto hacia un indigenismo formulado y cultivado por las clases medias ilustradas hasta convertirlo en núcleo de nuestra singularidad. Puesto que inclusive mexicanos no *ilustrados*, por todo el conjunto de las razones anteriores, tienden a simpatizar con el movimiento chiapaneco, no puede sorprender a nadie que en el fondo de la crisis cultural de México, en este momento, arda el tema de la raza. Por eso el largo itinerario precedente. Se trata de una situación histórica y de una cuestión de la cual los lectores no mexicanos, españoles o latinoamericanos que sean, en muchos casos, no tendrán la menor idea (aunque no dejen de pensar en los países andinos, o en Paraguay donde se habla guaraní, o en Brasil donde los indígenas amazónicos están siendo exterminados).

¿Por qué hablar de crisis cultural, en México? El EZLN, o sea, la causa indígena, promovió de manera casi instantánea una marejada de simpatías y adhesiones entre los sectores más visibles y, diría yo, clanistas de la clase intelectual, depositaria de los sedimentos antigobiernos del primer vasconcelismo consolidados después con la matanza del 68.

Estos grupos, en una operación mental característica de las viejas izquierdas, y siguiendo en esto las posiciones del EZLN, están empujando su fermentación revolucionaria, en el sentido «tradicional», o sea, haciéndola avanzar tras el escudo de los lemas enarbolados por los indígenas, o por mejor decir, por los dirigentes criollos y mestizos de los indígenas, quienes para eso utilizan armas intelectuales de las que los indígenas carecen. El resultado ha sido una mezcla de activismo frenético desplegado en el clima de una pasionalidad candente. En las izquierdas latinoamericanas ha latido siempre un sentimentalismo que los europeos y estadounidenses bebieron a grandes tragos frente al icono del Che Guevara. Ahora, en México, ese icono ha sido sustituido por el de las máscaras del subcomandante Marcos y sus seguidores, una mezcla de sacro misterio revuelto con algo del estremecimiento que desde hace años suscitan los terroristas mediorientales con sus pasamontañas, que también tienen sus admiradores. Y lo que se proponía en las últimas etapas de la mestizofilia, esto es, procurar la mezcla de razas pero desde el indígena y no desde el blanco, ahora está convirtiéndose en el sueño de una revolución que implica la indigenización de México. En este momento, «los 500 años de sufrimiento de los indígenas» se han convertido en moneda corriente. Más todavía, el subcomandante Marcos ha descalificado las políticas desarrollistas de los gobiernos postrevolucionarios reclamando que el país, al igual que una columna de

soldados, debe marchar al ritmo de los más lentos, esto es, los sectores más dinámicos deberían frenar sus impulsos de progreso y sujetarlos a la capacidad de las etnias. Y tanto él como el obispo Ruiz han puesto y siguen poniendo, cual modelo para el resto de México, las instituciones de los indios. En las actuales, lentísimas y resbaladizas negociaciones entre los representantes del gobierno y del EZLN, éstos insisten en que deben observarse los ritmos del «tiempo indígena».

La cuestión no ha quedado ahí. El filósofo Luis Villoro —para más señas vástago de republicanos españoles— ha sacado recientemente a la luz un artículo donde se refiere a los «usos y costumbres» de las etnias para afirmar que incluyen «sin nombrarla, una forma superior de asociación». Esa forma, que contrasta con la otra «menos perfecta» de la democracia representativa, tiene por modelo «la democracia directa». Claro que los indios no la llaman así, entre otras razones porque en sus lenguas la palabra democracia no existe, «pero si no tiene la palabra, sí poseen su práctica. ¿Cuántos nos percatamos —pregunta el filósofo— de que gran parte de nuestros compatriotas se rigen *de hecho* por una forma superior de democracia?». El principal obstáculo a la democracia indígena son los partidos, sobre todo el PRI. Esa «pretendida *democracia* destruye la *democracia directa*». Lo que se necesita es una ley electoral que reconozca la legitimidad de las autoridades «democráticamente designadas en las comunidades, *sin pasar por los partidos*». Y termina Villoro: «Los pueblos indígenas han mantenido el ideal de una comunidad real, donde todos son solidarios con todos. ¡Tenemos tanto que aprender de ellos!».

XI.

Yo figuro en el otro ejército, el de los que no se suman a estos criterios, el de lo que no creemos en el EZLN, ni en el obispo Ruiz, ni en la teología de la liberación. La experiencia del siglo XX nos ha enseñado a dónde van a parar estos movimientos cuando se hacen con el poder, los monstruos en que se convierten.

Pero también hay otras razones para que yo esté en la oposición. La fórmula de los 500 años de sufrimiento de los indígenas, eclosionada con la otra de que los indígenas son el «México profundo», es inaceptable. La que ya puede considerarse como la ideología indigenista del EZLN/teología de la liberación, adelanta la siguiente tesis: la historia de México tiene dos pisos, uno, el pegado a la tierra, es el piso de las etnias subyugadas por la violencia de la conquista, es el piso del país verdadero, perdurable, profundo. El otro, el piso sobrepuesto al anterior, sobre el cual se ha